

GUARDARROPA

La difícil cuestión del vestuario en el "Cine"

pone que el argumento va a desarrollarse y en general el ambiente del lugar en que se va a representar.

Los lineamientos generales están a cargo del director artístico de los estudios, quien es responsable por el dibujo y arreglo de las decoraciones y de todo aquello que se relacione directamente con la parte plástica, que sirve de fondo a las escenas. En este capítulo entran los trajes y tocados de los actores; pero como la filmación de una vista es tan complicada, ha habido que distribuir el trabajo entre varios subdepartamentos, algunos de ellos casi mecánicos, como el de «make-up» o el de la utilería general, cuyo manejo se parece muchísimo al departamento análogo que hay en todo teatro de la escena hablada.

La señorita Wachner parece ocuparse con preferencia de crear lo concerniente para el departamento femenino. En efecto, nos muestra un cartapelo que contiene docenas de preciosos dibujos, de un gusto exquisito y de gran propiedad. Mientras despliega sus delicados bocetos ante nuestra vista, habla de su trabajo, que es sumamente interesante y lleno de responsabilidades.

«Antes de dibujar o proyectar cada traje de los que tienen que usarse en determinada producción, es necesario empaparse en la atmósfera de la película así como del tipo de la actriz que vaya a tomar parte en ella. Conviene indistintamente por completo con todos los detalles que rodeen a estos dos factores, tan importantes para el éxito de una obra. Para esto es necesario que los que formamos este departamento tengamos una serie de reuniones con el director artístico y técnico. Pero eso no basta, a pesar de que en ellas muchas ideas brotan de la discusión, y se aclaran muchos conceptos. Cada una de nosotros se entrega a una labor de investigación sumamente acuciosa, consultando libros, viejas estampas, cua-

vos y divas cinescos, aparte de que, si lo hiciéramos, correríamos el riesgo de llenar páginas y páginas con la descripción de sus guardarropas, sin dejar resquicio para el desarrollo de un proceso imaginativo que adquiera primores y sutilezas en esos rincones perfumados — seguro — en que un pobre mortal apenas si osa asomar la punta de la nariz.

La fase realmente interesante de este asunto del indumento, es la técnica y organización especiales que presiden a su solución en el proceso de cada película. Es decir, que se puede uno dar perfecta cuenta de lo que será el problema individual de cada uno de los que toman parte en la representación de un film; pero que pocos sospechan lo que existe en la tramoya de esas vestimentas; sobre todo en aquellas escenas en que se requieren grandes masas de personas de todas clases y categorías.

Nada mejor que ir a recoger visualmente, a uno de los grandes talleres cinematográficos — el de Fox por ejemplo — una impresión verídica y especial de este mundo escondido, anónimo, que el público apenas sospecha que exista. Una encantadora mujercita que gobierna hábilmente el departamento de modas, Sofia Wachner, nos brinda datos preciosos. Es una autoridad, pues ella misma dibuja y crea los trajes, en cada producción, y su habilidad y talento en interpretar los deseos de los directores y aun de las mismas estrellas, la han hecho famosa en la colonia filmica de Hollywood.

«Vestir la producción» es en la jerga de los talleres, disponer todo lo necesario para la preparación de los indumentos que han de usar las estrellas y comparas. Antes de proceder a nada relacionado con este asunto hay que tener en cuenta la personalidad del artista; luego otras circunstancias tales como el estilo, apropiado a la época, así como la estación del año en que se su-

Es fácil imaginarse que los elegidos de la pantalla no tropiezan con ningún obstáculo, al tratar de adquirir un traje cualquiera, para su uso particular. No solamente disponen del dinero necesario para comprarlo a cualquier precio, y en el lugar más apropiado, sino que hay un ejército de auxiliares, alquilados o voluntarios, que se disputan el honor de vestir a estos privilegiados de la fortuna. Las grandes tiendas rivalizan en dotar a sus prestigiosos clientes, de las mercancías más caras, que de paso irán a aumentar su popularidad y nombradía. ¿Qué mejor anuncio?

Por supuesto que hay muchos de ellos, recién incorporados al rango de los ricos, que ignoran en qué consiste la verdadera elegancia. Son éstos precisamente, los más dóciles muñecos en manos de los sastrés, costureras y demás corifeos de la vestimenta. Mas existen muchos, como Adolfo Menjou entre los varones, o una Gréta Garbo o Dolores del Río entre las mujeres, que poseen gusto personal y no necesitan de esa ayuda oficiosa, y muy a menudo de pésimo gusto, pues no suelen los mercaderes fijarse bien en las características peculiares del individuo, y quisieran siempre uniformarlo con las prendas que a ellos se les antojan correctas.

En este último sentido, Hollywood ha llegado a ser un pequeño centro de modas, con cierto toque de exotismo, que la aureola de los astros filmicos exalta y magnifica. Las revistas están llenas de páginas de modas, en las que aparecen, luciendo su garbo, fingido o natural, nuestros más admirados intérpretes del cine. A menudo hasta honran sus páginas con consejos generosos, aunque altivos, sobre usos y costumbres; cortes y colores; originalidades y bizarrías que harían palidecer de envidia a una Ninon de Lenclos y a un Sagán. Pero no es bueno hurgar demasiado en la vida privada de nuestros di-

CAPITULO X

El tiempo vuela

El gemido que exhaló Uacista al caer no fué tan apagado que no resonara en el interior de la casa del alcalde; así es que la señora Antonia se puso pálida como el mármol tomó una luz, corrió hacia la ventana, procurando hacer el menor ruido posible, y se puso a escuchar.

Alejandro lanzó un segundo gemido.

La alcaldesa reprimió un grito, se arrancó de la ventana, y sin cuidarse de llamar a su esposo ni a los mozos, salió a la calle.

El médico yacía tendido ante la puerta.

Al reconocerle, la señora Antonia quiso gritar, volver adentro para llamar a su esposo, pedir auxilio a todos los vecinos pero Alejandro, cuya densa palidez causaba espanto, extendió difícilmente el brazo, y dijo con voz desfallecida:

— ¡Calle usted, por Dios!

— Pero, ¿qué es esto, Dios mío, qué es esto? ¡Yo me tengo la culpa, por haberme olvidado de que le acompañaran!

— No hable usted recio, no.

— ¡Don Alejandro, dígame usted lo que tiene!

— Nada, no es nada.

Uacista, sin quitarse la mano izquierda del pecho, se levantó penosamente y se apoyó contra el muro.

— Pero, ¿está usted herido?

Uacista movió afirmativamente la cabeza, e impuso silencio a la alcaldesa.

Después se apoyó en su brazo, y penetró con paso vacilante en la habitación.

El alcalde, que confiado en los cuidados de su esposa para con su hija, se había quedado profundamente dormido, se despertó al menor ruido que se oyó, y la agitación de los que hablaban le hizo levantarse y salir al encuentro de Uacista.

— ¿Y mi hija? — preguntó con exaltación.

— No tenemos que pensar en mi hija, que está bien, sino en el señor — contestó la señora Antonia.

— ¿Pues qué ocurre?

— Yo lo diré — balbuceó Alejandro, que se había dejado caer sobre una silla.

— Pero, don Alejandro, ¿qué le pasa a usted?

Uacista contó al alcalde lo ocurrido, y cuando éste se dispuso a salir en persecución del criminal, dijo el primero:

— El único favor que puede usted hacerme, amigo mío, es guardar el mayor silencio acerca de cuanto le acabo de referir.

— Eso es faltar a mi deber, don Alejandro.

— Al contrario, puesto que yo perdono a cualquiera que haya sido.

— Ahora, no; dejémosla dormir.

— En ese caso, nos saldremos fuera.

— Mejor es.

Alejandro y la señora Antonia salieron y se sentaron en la habitación inmediata para estar próximos a la alcoba, y que pudiese transmitirse de una a otra estancia el más leve rumor.

— ¿Sanará pronto, señor don Alejandro? — dijo la madre con sentimiento.

— Así lo espero.

— Y yo lo creo, porque usted no querrá engañarme. ¡Si viera usted cómo me consuelan sus palabras!... Pero una no entiende, es madre y se aflige.

— ¡Es natural!

— Gracias a que usted no es como el médico anterior; usted no se incomoda por nada. Es verdad que ya estará usted acostumbrado. ¡Llevará usted tantos años de profesión.

— ¡Nueve! — dijo Uacista, dejando caer una a una las letras, como si quisiese expresar todos los dolores que aquella cifra encerraba.

— ¡Cuánto habrá usted sufrido en ese tiempo!

— ¡Mucho! — exclamó Alejandro con amargura.

— ¡Siempre entre males, entre lágrimas, entre sollozos!... ¡Oh, don Alejandro! Para ser médico se necesita mucho valor.

— Valor, no; constancia y resignación.

— Es verdad; pero debe ser una vida muy amarga; díganlo, si no, esas canas prematuras, esa palidez continua, esa triste mirada que le distingue a usted entre todos los jóvenes de la comarca. ¿Quién ha de decir que cuenta usted treinta años?

— ¡Qué quiere usted! Cuando un hombre se encuentra joven y lleno de cuidados, sin padre, sin familia, ni nadie que amorosamente le cuide, y teniendo su ser tan solo, sufre mucho.

— ¡Ah! ¿Luego es usted huérfano, don Alejandro?

— De padre y madre.

Uacista inclinó la cabeza y derramó una lágrima.

La señora Antonia, que recordando las palabras del cura le miraba con cariño, lloró también, y dijo:

— ¡Válgame Dios! ¡Qué de penas habrá usted pasado!

— Muchas; pero creo que la Providencia se ha apiadado de mí, porque desde que entré en este pueblo soy completamente dichoso, en medio de mi tristeza habitual.

— No entiendo bien lo que usted me dice, don Alejandro; porque ser dichoso y estar triste parece una contradicción.

— Pues no lo es; y para que usted se convenza, voy a ponerle un ejemplo. ¿Cómo se encuentra usted cuando Ana vuelve de la montaña, la sienta sobre sus rodillas, la besa, y entre suspiros y sonrisas le cuenta cuanto ha hecho durante la tarde?

— ¡Ah! Soy muy dichosa, don Alejandro.

— ¿Y no siente usted, en medio de su dicha, algo que le hace presagiar dolores venideros y que le recuerda pasadas horas de ventura?

— ¡Ah, sí! Ahora lo comprendo muy bien; temo que Dios me quite mi única alegría, y veo en mi hija el espejo de mi pérdida juventud.

— Eso mismo me sucede en medio de mi soledad; y aunque ella me sugiera



ESPERANDO QUE LOS LECTORES DE «EL DIA GRAFICO» DECIDAN CUAL ES LA QUE DIPUTAN MAS BELLA DE ESTE PLANTEL DE ARTISTAS CINEMATOGRAFICAS



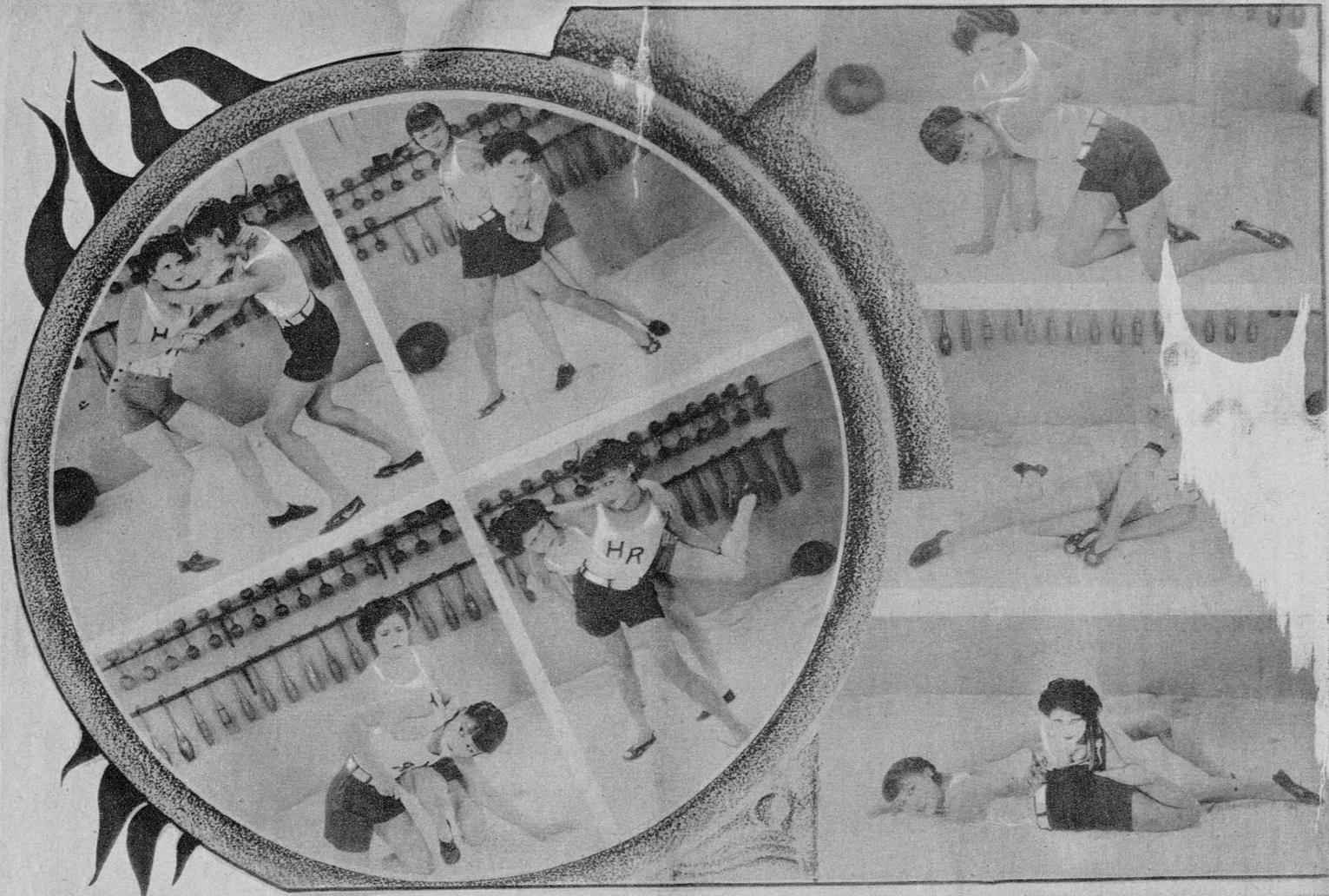
OWEN LEE HACE AD... COMBUSTIBLE PARA SU MON. PLANO



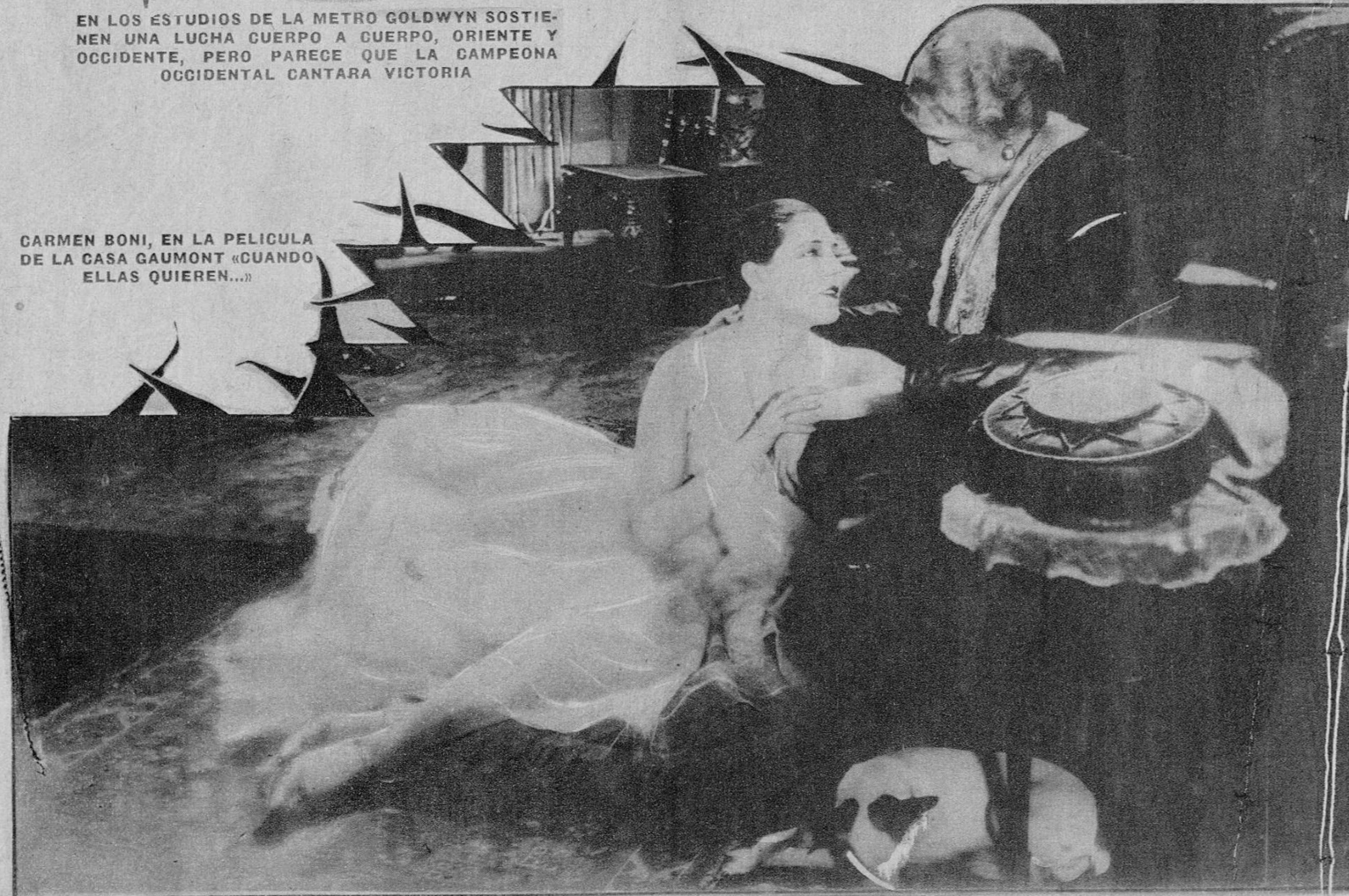
EL DESP... DOR INDICA A NANCY CARROLL QUE DEBE... TARSE PARA FILMAR UNA PELICULA



TRES ESTRELLAS CINEMATOGRAFICAS MERENDANDO EN LA PLAYA (Fot. Key Stone)



EN LOS ESTUDIOS DE LA METRO GOLDWYN SOSTIENEN UNA LUCHA GUERPO A GUERPO, ORIENTE Y OCCIDENTE, PERO PARECE QUE LA CAMPEONA OCCIDENTAL CANTARA VICTORIA



CARMEN BONI, EN LA PELICULA DE LA CASA GAUMONT «CUANDO ELLAS QUIEREN...»

¡NUEVE! CINEMA FOTOGRAFICOS

~ NVM 122 ~
11 JULIO 1929'



Jeanette Godffroy



EL «AS» DE LA METRO GOLDWYN, NILS ASTHER, EN SU YATE «SOLITARIO»



ROBERT ARMSTRONG

WILLIAM BOYE, QUE ESTA FILMANDO EN HOLLYWOOD UNA PELICULA HABLADA

dros; hasta haciendo lisitas a los museos, especialmente si se trata de crear algo con determinado estilo de época.»

Lo primero que hay que hacer, según manifiesta nuestra amiga, es leer detenidamente el manuscrito del argumento, para estudiar a fondo el ambiente sobre el cual se va a proyectar, así como para tener idea precisa y clara de los personajes que tomarán parte en la representación. Esto permite saber bien cuál es la época en que se sitúa la escena, y cómo son los caracteres tanto de los tipos de personajes como de los diferentes sitios en que actúan.

«Después de esto ya estoy lista — dice — para entrevistarme con el propio director de la filmación de la película. De él obtengo todo lo relativo a los intérpretes que ha escogido para desempeñar los personajes del argumento, así como de la manera en que estos personajes serán manejados por él para el desarrollo de la representación. En esta entrevista adquiere muchas ideas acerca de cómo van a ser las decoraciones, esto es si van a ser muy complicadas o más bien sencillas, de grandes planos y no muchos detalles. Esto para mí objeto, es de una gran importancia, pues los trajes tendrán que estar siempre en armonía con el fondo en que se muevan los personajes.»

«Empapada, como quien dice, en todo el espíritu de la nueva pieza cinematográfica, uno de los subdirectores de la filmación me prepara un cuadro sinótico especial para la interpretación y manejos de los trajes durante todo el proceso de aquélla. En él hay una lista perfectamente bien ordenada con datos correspondientes a la fecha de la película, descripción del decorado en que se usará el traje, naturaleza de éste, instrucciones de los cambios de trajes y oportunidades en que deberán ser usados, la época histórica a que deberán ajustarse, y por último la fecha en que deberá ser mandado hacer y la fecha en la cual deberá ser entregado, sin menoscabo alguno de la buena marcha de toda la organización.

«Una vez que tenemos esta carta indicadora de los detalles que necesitamos, se procede a hacer una serie de bocetos de todos los trajes que sean necesarios.

Al llevarlos a cabo tenemos que tener en cuenta varias cosas.

Primera, la personalidad de la artista que ha de llevarlos.

Segundo, el estilo que se requiera.

Tercero, las proporciones apropiadas al cuerpo de determinada actriz y el carácter del personaje que ésta va a representar.

Cuarto, el valor fotogénico del género y los colores del vestido.

Cuando todo esto, que es bastante difícil y dilatado, ha sido llevado a buen término, hacemos los dibujos ya

acabados y se someten al director y a la propia estrella, para su aprobación, antes de ser entregados a los sastres y costureras que los ejecutarán.

«Venga usted, nos dice. Vea qué curioso modo el de facilitar la segunda parte de esta labor, tanto a las propias actrices como a las costureras.

En una enorme sala, muy clara y ventilada, están alineados unos maniqués que son reproducción exacta de los cuerpos de diversas estrellas del género femenino que trabajan en el reparto de películas de la Fox Corporation. Cada maniquí tiene su etiqueta con el nombre de la actriz. Después de la primera prueba, las siguientes se llevan a cabo sobre los maniqués, hasta que están listos para los toques finales.

«Al escoger los géneros—nos agrega la señorita Wachner—siempre tomamos en consideración antes que nada, su fotogenia, y después su propiedad de estilo. Casi siempre hacemos los vestidos en varios tonos de azul que tiene un gran valor fotogénico. También salen muy bien reproducidos en la pantalla los objetos de adorno hecho con tejido de malla de plata o de oro, así como telas de brocado y encajes. De todo esto tenemos siempre una buena cantidad disponible en los almacenes especiales del departamento.

En la cuestión de los colores también nos preocupamos porque estén de acuerdo con el tipo de cada actriz, a menos que se interponga en el camino, la conveniencia de otros a causa de su mayor valor fotogénico.

Si la actriz se ve a sí misma atavida con colores que le sienten y éstos no contradicen las leyes inexorables de la cámara, es indudable que se sentirá contenta y podrá tener el ánimo mejor preparado para una afortunada interpretación.

Asentimos. No cabe duda que el estar enfundado en un vestido que halague a la persona, predispone el ánimo hacia un estado propicio, equilibrado, en libertad, en que podrá, por consiguiente, entregarse de lleno a otras actividades, que no del adorno personal, eterna preocupación del «eterno femenino». Los maniqués al oír todo esto parecen de pronto cobrar vida en sus pedestales; comienzan a moverse; se alinean en filas de encantadoras formas e inician un paso firme y decidido de avance hacia nosotros. Dejan de ser entonces las imágenes plásticas de las estrellas, y forman un montón de mujeres sin alma, sin sentimiento, que desean envolvernos en sus encantos, y evitarnos más indiscreciones sobre la vida interior de los «estudios». Huímos, al sol de una callecita pulcra y derecha, que flanquean los grandes caserones interiores de los diversos escenarios y laboratorios. Nuestra amiga se ha quedado atrás, tratando de convencer a los maniqués a que abandonen su actitud de huelga en masa...

Cinco de ellos se escapan. Allí están acodados en un mostrador con taquillas, detrás del cual despachan unas simpáticas muchachas. Pero toda su inmovilidad ha desaparecido, y ahora tenemos ante nuestra vista a cinco jovencitas de carne y hueso, que sonríen pícaramente. Son unas figurantes o «extras» que están recibiendo su equipo respectivo. Una de esas no espera que todas pasen a los gabinetes para vestirse.

Se ha descalzado de los finos zapatitos que traía y en su lugar endosa ya unas botas muy elegantes que completan su traje de equitación. Son cinco esperanzas del firmamento de Hollywood. Cinco ilusionadas que tienen todo el encanto de la juventud y toda la sencillez del que no posee casi nada, más que la magnífica ropa que el departamento les brinda y una sonrisa hechicera. Quizá ésta sea el talismán de futuros pingües contratos.

CRITICA SEMANAL

«Mediá noche en Chicago» es un drama policiaco que se desenlaza a la manera de los dramas de Edgar Wallace. Conrad Nagel interpreta a maravilla el papel del misterioso Saunders, y todos los espectadores, incluso el director de orquesta, están convencidos de que es el asesino. Pero el simpático William Russel, que antes hacía de galán caballeroso y valiente, se revela como un perfecto canalla. Vaya usted a fiarse de la cara de la gente. Mirna Ley, siempre seductora con sus bellos ojos asiáticos que tanto dicen y tanto dan que sentir.

Este invierno probablemente, tendremos ocasión de admirar otra película de Brígida Helm.

Se titula «Crisis», si no cambia el título. Es una película bien dirigida de bellas decoraciones, pero algo pesada en cuanto a la dosis de sensibilidad por que atraviesa la esposa, Brígida Helm.

Desde luego no es una película para niñas jovencitas, pero nuestro cine está libre de que ellas vean los films o no. Gustavo Disel, el intérprete, magnífico, notable por su manera de trabajar seguida a su físico admirable realzado con el papel que tiene en «Crisis.»

«La pequeña bailarina de la Butte», es sin duda una película que peca de poco original, pero está tan bien filmada con una de detalles tan cuidados y simpáticos, que la película gustará, no hay duda. Paulina Garon, como siempre, llena de picardía y alegría. Magnífica en su papel de bailarina casándose con un rico americano.

Robert HAYER

la idea de crearle una familia que compartiera con Claudio mis muchas penas y mis pocas alegrías, me detengo ante el pensamiento de hacerle desgraciado. ¡Cuántas veces me he dicho: "En este pueblo, donde tan honrados son los vecinos, buscaría una esposa, antes de hacerme viejo; una esposa que me amase, que cuidase de mí pobre Claudio, que cuando yo muries derramara una lágrima en mi sepultura!"

—¡Ah! Tiene usted razón; yo quisiera encontrar para mi hija un hombre como usted, aunque de condición más humilde.

—¿Quién más humilde que yo?—dijo Uacista—. Todos los mozos del pueblo pueden aspirar por medio de la honradez y del estudio, al título que tengo.

—Sí, es verdad, pero ellos no son como usted.

—Ni yo como Ana; yo gozaría en tenebra por compañera.

—Lo dice usted de un modo, que casi voy a creer lo que me ha dicho el cura.

—¿Qué le ha dicho a usted, señora Antonia?

—Promete usted decirme la verdad?

—¿Qué duda cabe?—dijo Alejandro, sonriendo dolorosamente.

—Pues bien, ¿es verdad, don Alejandro, que todas las tardes se va usted a la montaña por ver a una muchacha?

Uacista se estremeció, vació un instante, y dijo:

—Verdad es.

—Estoy temblando, don Alejandro.

—¿Que por qué? ¡Caramba! ¿Pues no es una imprudencia preguntar, y preguntar sólo por... ¡qué sé yo por qué! por nada? Pero ya ve usted, una es madre...

La señora Antonia comenzó a enjugarse las lágrimas con la punta del delantal.

—¡Oh! ¡Yo se lo contaré a usted todo, todo!—balbuceó Alejandro con cariñosa entonación.

... Por su relato, la madre comprendió que Uacista estaba locamente enamorado de su hija.

Al terminar aquél la narración detallada de su vida, la señora Antonia lanzó un gemitido y rompió a llorar.

Alejandro inclinó tristemente la cabeza.

—¡Ah, caballero!—dijo la madre—. ¡Las palabras de usted me han llenado de consuelo y de dolor!

—¿De dolor?

—Sí, de dolor, porque la boda es imposible.

Uacista se quedó livido como un cadáver.

La madre le refirió entonces el juramento que José había hecho en la montaña.

—¿Y qué importa?—dijo Alejandro respirando—. No lo cumplirá.

—¡Oh, sí! Le conozco bien. Además, la gratitud cierra por ahora nuestros labios, porque José, que de algún tiempo a esta parte parece un alma en pena, ha sido el salvador de mi hija.

—¿El salvador? ¿Cuándo?—exclamó Uacista, en cuyos ojos brilló un relámpago de celos y de indignación.

—Hoy mismo, esta tarde; y si el barbero no nos hubiera asegurado que era su hijo, el señor cura y yo habríamos continuado atribuyendo a usted esta acción

generosa, puesto que lo que don Angel me decía no era otra cosa que lo que usted me acaba de referir.

Uacista se sonrió con desprecio, y murmuró en voz tan baja, que la señora Antonia no lo pudo oír: «¡Pobres gentes!»

—Si quiere usted convencerse—añadió—de que José es el salvador de su hija, hágale traer el oso, o cuando menos, pregúntele delante de ella algo que justifique el parecer del barbero.

—¡Pues qué! ¿Usted no cree que haya sido él?...

—No digo que no; y si la acción es falsa, hay que agradecerle, por lo menos, la bondad de la intención con que se la atribuye.

Tan irónico fué el acento de Uacista al decir esto, que la madre de Ana no supo qué contestar.

En la alcoba resonó en aquel instante un gemitido.

—¡Ah! ¡Ya despierta!—dijo Alejandro, oyéndolo antes que aquélla.

Entonces Alejandro y la madre penetraron silenciosamente en la alcoba. Ana, al reconocer a Alejandro, desplegó una ligera sonrisa.

El médico le sirvió por sí mismo el segundo medicamento.

Pero, ¿qué necesidad tenía Ana de tomarlo, si la mejor medicina era la presencia de Uacista?

... Las doce acababan de vibrar en el aire, cuando Alejandro se despidió de la honrada familia de Ferreiro y salió a la calle.

Pero apenas hubo puesto el pie fuera de la casa, sintió que un bulto se arrojaba sobre él, envolviéndole y sujetándole casi por completo.

Uacista, sorprendido y atareado durante los primeros momentos, se serenó después, y sin lanzar un solo grito intentó desprenderse del que le atacaba.

Pero le fué imposible.

Una mano, dura como unas tenazas de hierro, le apretaba la garganta, interrín otra cala sobre su boca con la presión de una mordaza.

La lucha fué corta y desigual.

La noche, con su sombra, parecía hacerse protectora de los traidores.

Antonia oyó un gemitido doloroso, y un cuerpo cayó en tierra.

El vencedor huyó despavorido, a través algunas calles recesosamente, y llegó a una explanada sombría, estéril, solitaria, a cuya derecha se dibujaba confundamente la silueta de algunos muros, y más allá se extendía el campo como un piélago de sombras.

El bulto se perdió algunos momentos para reaparecer sobre un muro, desde el cual se descolgó a un huerto y siguió por éste hasta el final.

Cinco minutos después, a través de una ventana abierta en el muro de aquel huerto, se derramaban los sombríos rayos de una luz, contorneando la figura de José.

Este apagó la luz, cerró la ventana y se arrojó vestido sobre el techo.

BOBBY ULLMAN, AHIJADO DE RODOLFO VALENTINO, COMIENZA SU CARRERA CINEMATOGRAFICA A LOS CINCO AÑOS



CUATRO BELLEZAS DE LA CINEMATOGRAFIA: CLARA BOW, ALICE DAIR, ADRIENNE DORE Y JEAN LORRAINE



FIGURANTAS DE UNA PELICULA HACIENDO CULTURA FISICA



RICHARD DIX, DE LA PARAMOUNT, CON FAY WRAY

Recuerdos inéditos de Rudy Valentino

El tren entraba en la estación... Antes de que Bertran Masés, tuviese tiempo de reunir sus efectos y de llamar a los mozos, Rodolfo Valentino, de un salto ágil, entró en el vagón en busca de su nuevo amigo.

—¡Massés! Venga usted de prisa... el auto nos aguarda.

El placer hace olvidar la fatiga a Massés. Ya Rudy lo arrastra por la estación y salen de ella. Un coche claro y largo los aguarda. Y en el coche hay una mujer bella, joven y altiva.

—Mi mujer... Natacha Rambowa. El auto se desliza por las suntuosas avenidas de Hollywood. En un día así, ¿cómo no sentirse feliz? Un sol deslumbrador pone alegría en todo. En las calles las mujeres circulan en autos o a pie. Futuras stars y stars se confunden amistosamente vestidas con toilettes claras y alegres.

Y Rudy sonríe a la idea de tener cerca de él a su gran amigo el pintor.

Atraviesan una verja de hierro artística, y el coche sigue por la avenida de Valentino, y a una vuelta brusca se para ante la entrada. Un perro precioso aguarda allí.

—Es mi perro Hollywood. ¿Le gustan los perros, Massés? A mí, con delirio. Tengo diez y nueve, y éste es el favorito. De enseñar también mis caballos... haremos equitación, automovilismo, boxe, natación... Será espléndido.

—Y su retrato... ¿dónde queda? Rudy.

—No lo olvido, protesta él sonriendo. Empezaremos cuando usted quiera... Prometo ser un modelo muy dócil... Y algunos días más tarde, Valentino, con traje típico español, pesa ante el pintor. Y Bertran ante su caballete, admira el tipo de Valentino.

Su belleza no es clásica, pero de sus facciones emana algo muy suave, una expresión dulce de bondad, y sus ojos tienen una mirada misteriosa, que revela, tras la máscara de

no las había robado. Solamente las tenía ocultas en su casa.

Poco después partimos para Kansas City. Yo sentía que entre mi padre y mi madre las cosas no andaban bien, pero tampoco pude saber nada preciso puesto que poco después entré en el convento de Saint Agnés Academy.

Joan CRAWFORD

(Seguirá)

hombre guapo y adulado, un alma sensible y amante.

—Comprendo perfectamente, Rudy, cómo todas las mujeres están enamoradas de usted...

—Y yo no lo comprendo, Massés. Todos los días recibo cartas de quinientas mujeres que pretenden ser mis adoradoras, me mandan confusamente mezclados, todo, cartas, demandas de fotografías, declaraciones, regalos... Tengo dos habitaciones llenas de calcetines, corbatas, foulards, pañuelos de seda... qué sé yo. Estas mujeres, ¿qué conocen de mí? Casi nada, mi expresión en la pantalla. No es a mí a quien aman, es al papel de eterno enamorado, de amante... Cómo pueden quererme si nada saben de mi alma... nada saben de mí. ¡Sirvo a las mujeres para bordar sus ensueños amorosos!

—Pero sus papeles de enamorado, ¿no los podrá hacer siempre?...

—No... y no quiero envejecer en la pantalla... Cuando tendré la edad de retirarme, habré ganado mucho dinero... Entonces me retiraré a algún castillo rodeado de libros y objetos de arte... ¡Allá aguardaré la muerte!

—¡Flea palabra ésta, Valentino!

—¡Y fea cosa, Massés! Pienso a menudo en la muerte. Lo que me asusta más, es morir de enfermedad, arrastrarme en las clínicas, tener el cuerpo torturado por los cirujanos... ¡Qué horror! Yo quisiera terminar bruscamente... de accidente, por ejemplo!

Esta idea de enfermedad, tenaz como un presentimiento, ha dado una expresión de gravedad y tristeza al bello rostro masculino... bruscamente se sacude y empieza a hablar de futilidades...

—Tengo una ambición extraña... ¡No se ría usted! Cuando me retire de la pantalla, ambiciono comprar un título y ser marqués... No sería difícil, en mi familia han habido títulos nobiliarios... El marqués Rodolfo Valentino Gugliemi.

—Pues bien, Rodolfo, cuando tenga millones y títulos, todas las mujeres estarán todavía más por usted!

—No pido tanto... Las conquistas, la carrera de Don Juan no me interesa en absoluto... Mi ideal no es conocer muchas mujeres... Pero escoger bien, entre ellas, saber encontrar la mujer dulce, apasionada y amante... vivir entre dos o tres chiquillos! ¡Este es mi sueño, Massés!

Asombrado Massés, contempla a Valentino...

Valentino sonríe con tristeza, y Massés dice:

—¿Tiene usted a Natacha! Es una mujer como usted dice!

Valentino no contesta y continúa sonriendo con ironía y con una luz extraña en sus bellos ojos.

Y el pintor calla también.

Algunos días de vida entre los dos esposos basta para comprender que no se llevan bien... Valentino aspira a otra mujer que Natacha... Esta es inteligente, sin duda, pero demasiado autoritaria, desea llevar a su marido hacia sus ideas, quiere mandarlo como a un chiquillo... Y Valentino tiene una concepción demasiado latina de la mujer y del matrimonio.

No sabe acostumbrarse a esta libertad autoritaria de la mujer americana.

El día se acaba, Massés deja sus pinceles, y Valentino corre a su smoking para la cena.

Y pronto se encuentran los tres en el suntuoso comedor. En casa de Valentino se come bien... Valentino es algo gcloso...

Las nueve de la noche. Natacha se acerca a su marido con frío y disciplente...

—¿No desea salir, Rudy? ¡Ir al cine, al teatro, al cabaret?

—¿Salir? ¡Por qué?... ¡me encuentro tan bien aquí!

Natacha no contesta, y sale de la habitación. Se ha marchado con un grupo de amigos, a bailar.

Valentino sonríe de nuevo, con tristeza, y mira a Massés.

—Si quiere usted, Massés, oíremos mi pianola, que es una maravilla... o mejor dicho, no... ¡tengo una idea!

Y corriendo pasa a una habitación contigua y sale con su guitarra. Se sienta al borde de la ventana, y en la noche cálida y primaveral, desgrana las notas de una melodía italiana.

Luego empieza a cantar con su bella voz de tenor, voz cálida admirablemente timbrada... y olvidando Hollywood, el cine, su mujer, todo lo que lo rodea, Valentino busca el olvido en la melodía que parece salirle del alma...

G. D.

VENUS. Esta película que ha hecho las delicias de los que han leído la novela, ha sido filmada ya, y realmente ha resultado una obra magnífica. La interpretación de Constance Talmadge es sin duda excelente, pero hay ciertas fotografías sencillamente malas.

Jean Murat, espléndido en su difícil papel de amante que se reserva. Andrés Roanne, poca cosa tiene que hacer en esta película, pero siempre con la pulcritud y escrupulosidad que le caracterizan.

Algunas palabras sobre el matrimonio John Gilbert

El famoso "astro" ha sorprendido a Hollywood casándose con Ina Claire, la favorita del escenario, después de tres semanas de relaciones.

Los dioses han debido sonreír de pura felicidad viendo a dos de sus hijos favoritos dirigirse al matrimonio: John Gilbert, el indiscutido rey de Hollywood, e Ina Claire, reconocida reina del escenario de Broadway. John Gilbert, el mayor amante de la pantalla, conoció a Ina Claire, la más enamorada de la escena, solamente tres semanas, escapando luego de Hollywood el día 8 de mayo, para ser casados la mañana siguiente en las Vegas, Nevada.

Se escaparon únicamente para no tener que aguardar los tres días necesarios desde que se tiene la licencia, hasta el día del casamiento, según es costumbre en California.

Gilbert dijo a los reporters: ¿Es posible resistir a Ina Claire?

Y ésta arguyó: —¿Es verosímil no perderse ante John Gilbert?

Pero Hollywood, al cual esta boda había ocasionado un choque emocional no se contentó y quiso saber más, y con Hollywood el mundo entera, que no deseaba el matrimonio de John Gilbert, ya que éste lo robaba a la pantalla como tipo de joven enamorado, travieso y favorito de las mujeres.

John Gilbert en su rol de enamorado, en la pantalla, no era nunca el tipo del hombre amando a una sola mujer, sino abarcándolas a todas, a toda la belleza femenina en un amor caballeroso y especial.

Por lo mismo con la expirante soltería de John Gilbert un sueño moría en Hollywood y en millares de corazones femeninos.

El casamiento sorprendió; todo el mundo se inclinaba hacia Greta Garbo, la Mona Lisa sueca, a la cual se reconocía bastante preclaro talento y belleza para atar a John Gilbert con los lazos del matrimonio. A ella sola se hubiera perdonado este robo previsto desde hacía mucho tiempo.

Y así las preguntas aflúan:

¿Quién era Ina Claire? ¿Cómo conquistó al predilecto del cine? ¿Cómo lo arrancó del hechizo en que lo tenía sumido, la esplendorosa sirena Greta Garbo? ¿Qué secreto había utilizado? ¿Cómo se tomaba el asunto Greta? ¿Cómo se lo tomaba Leatrice Joy, segunda esposa, y Olivia, su primera y obscura mujer?

¿Duraría mucho este amor? ¿Sería el último matrimonio de Gilbert?

Por encima de todo: ¿Cómo era Ina Claire?

Y por uno de estos exquisitos caprichos del azar, yo he sido el único que he podido interviar a Ina Claire.

Hace un año fué esta interviu, pero nunca la he podido olvidar. Desde entonces he tenido ocasión de hablar con centenares de artistas, de primera y segunda categoría, pero todas ellas hábiles, bonitas, inteligentes, eran menos cautivantes que Ina Claire.

Naturalmente he buscado posteriormente a Gilbert. No se puede hablar ni escribir de cine, sin nombrarlo, como no se puede estar en Italia sin hablar de Mussolini.

Y debo decir que los dos son dignos uno del otro, por la fama que han alcanzado, por los éxitos obtenidos, por las luchas sostenidas. Si dos seres hay bien juntados, éstos son, sin duda, Ina y Gilbert.

No creo necesario hablar aquí del encanto y amabilidad de Gilbert. Todos los conocéis.

Pero sí creo necesario hablar de Ina, a la que nadie conoce. No es muy robusta físicamente, pero da la sensación de ser un torbellino, mide cinco pies, y su cabello es rubio y rizado, naturalmente, su piel es perfecta como para un anuncio de jabón o crema, y sus ojos centellean como un sol de verano.

En la primera entrevista no se nota gran cosa de su personalidad, fuertemente acusada y avasalladora.

Hace un año entrevisté a Ina Claire, mi director de periódico necesitó una interviu de ella.

Yo estaba muy deseoso de ello, pero ella me hizo saber por su agente de publicidad, que no deseaba saber nada con periodistas, pero que fuera después de la representación al Follies, donde la vería.

Fuí una vez, fuí dos veces y siempre me despedían, sin lograr verla.

Y finalmente, la tercera vez, fuí dispuesto a aguardar.

Me senté en una silla ante su camerino. La representación había terminado ya, y yo estaba allí aguardando, furioso y pensando decirle todo lo que opinaba de ella, y publicarlo en el periódico a riesgo de perder mi colocación.

Al cabo de un rato se abrió la puerta y me hicieron entrar. Sólo puedo decir que a los cinco minutos de estar con ella me hubiera podido hacer servir de esterilla para los pies. Me fascinó por completo.

Su personalidad de artista bella y

admirable sin orgullo ni egoísmo me conquistó por completo. Habló sin cesar.

Tengo noticias de que ahora habla también mucho. Habló mientras se quitaba el rouge excesivo, habló mientras se vistió tras el biombo, al salir del teatro con su ramito de cigarrillos. Habló dos horas, pero que ella aun lo ignora, estuvimos de una hora en pie, en la calle.

Y cuando ella se metió en su coche y desapareció de mi vista me dejó en un estado de estupefacción considerando que no me había acercado nunca a una estrella tan esplendorosa como aquella.

No quiero decir que Ina Claire sea siempre así. ¡De ninguna manera! Hay muchos artistas en el mundo e Ina es uno de ellos, que trabaja en sus propios encantos.

Nació pobre y humilde, y su padre murió de un accidente, dos meses antes de nacer ella.

Casi inmediatamente comprendió cuando tuvo sus ocho años, que su vida era la escena. Y a la escena llegó acompañada de su madre, el típico tipo de madre de artista tierna y dragón al mismo tiempo. Debió recibir alguna educación porque hoy habla perfectamente el francés y el alemán, pero no puede saber dónde había aprendido estas dos lenguas.

Apareció en varias revistas en Follies, pero hasta que entró en Ziegfeld Follies no estuvo realmente consagrada.

Se dijo por aquellas fechas que estaba enamorada de un reporter, y debía ser cierto ya que rechazó brillantísimos partidos, entre ellos varios hijos de ricas familias neoyorquinas, y para casarse con un periodista tenía que amarle forzosamente.

Pero sus caracteres eran completamente opuestos.

Jimmy Whittaker, era un hombre inteligente, cáustico, poco material, mientras que Ina era una terrible ambiciosa que sólo ansiaba glorias.

Y la catástrofe surgió pronto, al estrenar ella la revista "Los buscadores de oro".

La crítica la hizo su propio marido, nombrándola como una artista sin gracia y sin voz alguna.

Poco después, Ina obtuvo el divorcio, encontrándose sin cariño y sin colocación.

Pero como no le faltaba valor, se embarcó hacia Francia para trabajar.

Y su voz, hasta entonces estropeada por sus esfuerzos en cantar, vol-

Unos momentos con Miss Mackail

Para hablar con Dorothy Mackail tenemos que hacer mil esfuerzos de ingenio.

Finalmente nos concede una entrevista en su saloncito chino, rodeado de objetos rusos, de muñecas inglesas y ella misma como adorno adorable muy moderno.

—Está fumando un pitillo...

—Es mala costumbre la de fumar, ¿no? Estropea la dentadura...

Y se sonríe de tal forma que tenemos ocasión de contemplar su dentadura que por ahora no parece sufrir las consecuencias del dorado tabaco.

—¿Qué desea usted saber?—pregunta con su vocerío dulce y autoritario.—¿Cuántos novios tengo? ¿Qué colores me gustan más? ¿Qué sports practico?...

—No tanto, no tanto, miss Mackail; sencillamente que nos diga algo de su vida artística y privada..., en fin, que nos haga usted una pequeña relación interesante.

—No piden ustedes poco. En fin, sea...

Y gravemente empieza la alegre artista:

—Me llamo Dorothy Mackail, tengo 22 años de edad, peso 122 libras, mido 1'65...

—Por Dios, miss Mackail, interrumpimos riendo...

—Pues, entonces pregunten ustedes... Me veo incapaz de relatarles nada.

Y procedimos a la ardua tarea de interrogarla:

—¿Cuánto tiempo hace que filma usted?

—En serio hace dos años, como extra hace cuatro. Dos años que fueron un verdadero calvario. Nada es el cine visto por fuera, pero les aseguro que más de una vez lo hubiera dejado a no ser porque no sabía qué hacer ni con qué ganarme la vida... Es una carrera difícil la de star de primera magnitud.

—Pero ahora, ¿es usted feliz?

—Ciertamente, aunque tengo mis preocupaciones, mi trabajo que me absorbe mucho, y me cansa. Ahora estoy muy necesitada de vacaciones...

—¿Tiene usted novio?

—¡Ah, la pregunta es indiscreta señor reporter! Pero le contestaré. Tengo novio, y le quiero con toda mi alma. Pensamos casarnos dentro de un año, y entonces quizá sepa usted el nombre... No es artista de cine. Es alto, moreno, con ojos azules... ¿Está usted contento?

Y la chiquilla se ríe satisfecha de ella misma de su juventud, de su belleza y de su amor.

—¿Qué papel es el que prefiere usted?

—Siempre el papel de ingenua, de enamorada. No puedo sufrir los papeles de mujer fatal, además de que no tengo tipo para ello...

Ciertamente es imposible imaginar a la alegre Dorothy Mackail interpretando un rolle de la triste Greta Garbo.

—¿Qué partenaire prefiere usted para filmar?

—No sé... Me gusta mucho Meil Hamilton, Nils Aster, Ricardo Cortez, y sobre todo, muchísimo, James Ford. Es un camarada tan franco,

tan simpático, que una no puede menos que quererle.

—Y de artistas, ¿cuál prefiere usted?

—Me gusta mucho Dolores del Río. Es muy guapa... Es decir, no es muy guapa, tiene unas facciones muy características lo que hace de ella una mujer imprescindible para papeles como el de "La muñequita millonaria" en el que tenía el papel de aventurera...

—¿Qué sports prefiere usted?

—La equitación y el automovilismo. Me pasaría días enteros guiando auto. Tengo un auto de sport pequeño que es ya el cuarto que poseo...

—¿Gusta usted de cambiar?

—¡No!—y Dorothy Mackail se ríe ante nuestra ingenuidad.—Es el cuarto, porque los demás han perecido en accidente...

—¿Qué opina usted del photophone?

—No puedo decirlo todavía... No sé. Evidentemente abre un campo nuevo al cine, pero así y todo su éxito aún es algo problemático, puesto que no existe una lengua universal...

El teléfono, oculto bajo las faldas de una muñeca de porcelana, suena. Dorothy corre a él... Breve conversación y cuelga el auricular.

—¿Me dispensarán ustedes? Salgo de excursión con unos amigos...

—¿Sin accidentes?

—Sin accidente, promete ella riendo alegremente.

Y nos despedimos de la muñequita gentil y alegre que tiene novio y le quiere con toda su alma.—J.

una mujer americana muy de mundo, buena, dulce y apasionada.

Y por lo mismo, su amor durará.

Cuando se preguntó a John Gilbert por Greta Garbo, después de su matrimonio, contestó:

—Sí... quizás la hubiese amado...; pero es demasiado reservada... me enloquecía nada más. Ina Claire satisface todos mis deseos, material y moralmente.

Y nosotros pensamos viendo a la feliz pareja, viendo la juventud, la ambición, el amor y el dinero reunidos, viendo sus ojos enamorados, que no parece si no que hay personas que acaparan toda la suerte.

WALESBURY

Hollywood, 15 mayo 1929.

vió a adquirir elasticidad en manos de un buen artista que la enseñó a vocalizar y a sacar de su voz todo el partido posible.

Ina Claire, entonces, se unió a una "troupe" francesa, únicamente para adquirir lo que a ella le faltaba. Cachet, chic, gracia para las tablas, cosa que ella creía acertadamente, que las artista francesas poseen en grado superlativo.

Cuando aprendió todo esto, cuando estuvo segura con docenas de representaciones que su voz y su técnica eran perfectas, volvió de nuevo a Broadway.

Marchó como una niña ambiciosa, y volvió como una perfecta mujer de mundo.

Entonces su triunfo fué algo segu-

ro. Introdujo el primer peinado de bucles desgreñados, según moda parisien.

No necesitó de la claque puesto que el público acudía como moscas a aplaudirla en cualquier representación y teatro que actuara.

Entonces, cuando su porvenir era cosa segura, y su vida era todo un triunfo, conoció en Hollywood a John Gilbert, amándose en seguida.

Son dos seres que realmente estaban destinados el uno para el otro.

Si John Gilbert se hubiese casado con Greta Garbo, su unión no hubiera sido feliz, porque ésta es fría, reservada, impenetrable, y John no la hubiera llegado a conocer nunca.

En Ina Claire no hay misterios, todo es impulsividad, entusiasmo, calor,

Historia de mi vida — por Joan Crawford

¿Escribir la historia de mi vida?

¿Cómo queréis que una mujer escriba o relate la historia de su vida?

La vida de una mujer no siempre está hecha de cosas secundarias a las cuales se da una extraña preponderancia tales como he nacido aquí, o bien hice mis estudios allá.

La historia de una mujer es toda una serie de tentaciones, de deseos, de penas a las cuales sucumbe, de alegrías que le dan alas y que la llevan a alturas doradas para flotar sobre todo lo terrestre.

Y para toda mujer, la vida es una serie de hombres, hombres que influyen en su carrera, en su vocación, en sus ambiciones. ¡Los hombres! Podemos odiarlos, y podemos amarlos. Pero sea el sentimiento que sea, el que abrigamos por el hombre del momento, es él quien es la verdadera alma de la mujer durante el período en que ocupa su pensamiento.

¿Cómo queréis, pues, que una mujer escriba su vida?

Perírmela es un gran honor, pero así y todo, he pensado acerca de ello tres semanas. Escribiré, pues, mi vida, sin vacilar, tal como la he sentido, puesto que para mí la vida es todo sensibilidad. Todo lo que diré es cierto, pero no diré toda la verdad. ¿A qué decirlo?

Hay ciertos recuerdos profundamente escondidos que una mujer se resigna difícilmente a evocar. En el corazón de todo ser se eleva una ciudad secreta donde reina una luz soberana y dueña. ¿Cuál es la mujer que consentiría que esta luz disipara la noche voluntaria en que está sumida? Y así y todo muchas veces un recuerdo se precisa y en vano se intenta rechazarlo, es imposible.

Por esto precisamente digo a todas las mujeres:

No permitáis nunca que el pasado desborde sobre vuestro presente. Vuestra vida es vuestra. Vividla a vuestro gusto y antojo.

No tengo ningún recuerdo de mi nacimiento.

No puedo menos de alegrarme puesto que se trata de algo en que no tuve ninguna parte, y así mismo muchas veces he deseado no haber visto nunca el día.

De mi padre tampoco tengo recuerdo alguno. De mi primer padre podría decir, puesto que los recuerdos que conservo son de otro que no era mi padre. Pero yo no lo sabía en aquellas fechas.

Se llamaba Henry Cassin, y a mí me llamaban Lucila Cassin. Tenía un teatro en Lawton (Oklahoma). Es a

este teatro al que debo mi afición a la danza, puesto que todas las noches me deslizaba al lado de mi padre para ver el espectáculo, y muchas veces mis pequeños pies desnudos, muy a menudo, imitaban los pasos de las girls en la escena. Y allí aprendí no tan sólo a bailar sino a tener un medio de expansionar mis emociones infantiles, puesto que cuando bailo lo olvido todo, incluso hoy, salvo la exaltación que el movimiento ritmado produce en mi cuerpo.

Detrás de nuestra casa se encontraba una vieja granja en la cual mi padre reunía las decoraciones inutilizadas. Allí, mi hermano y yo, decidimos instalar una especie de escenario donde yo bailaba con toda la ilusión de mi alma, y los chiquillos del pueblo venían muchas veces a verme, y silbaban canciones para acompañarme en mis danzas.

Y ya que he hablado de sensibilidad empezando esta historia, diré que recuerdo perfectamente que mi infancia fué muy desgraciada. Desgraciada como lo son las de los chiquillos para los cuales el menor incidente tiene la proporción de un drama.

Yo quería jugar con los chicos, las niñas no me gustaban casi nunca. Pero ni mi madre ni mi hermano, mayor que yo de dos años, me lo permitían. Y es tan poco razonable que una madre diga que no a su hijo sin decirle la causa de su negativa. Si al menos me hubiesen dicho el porqué se negaban a mis deseos.

Pero mi madre se oponía a ello y yo encontraba siempre el medio de escaparme.

Yo era testaruda y cuando había adoptado una actitud nadie me hacía cambiar de idea. Además yo creía que mi madre sentía marcada preferencia por mi hermano, lo cual no estaba hecho para calmar mis inquietudes y hacerme dichosa.

Mis solos consuelos venían de mi padre, de la danza y de mis muñecas. Es extraño como las niñas que no son dichosas se vuelven instintivamente hacia sus muñecas con el deseo de hacerlas felices. Se ha escrito mucho sobre mis muñecas en Hollywood. Es cierto que tengo una habitación llena de ellas, así como animales de peluche. Y hoy día, cuando me siento desgraciada, cuando estoy triste, entro en mi habitación me siento en el suelo y hablo con ellas. Cuando mis cosas van todas mal, bailo hasta extenuarme, y cuando estoy triste pienso con pena en papá Cas-

sín, y siento no tenerlo a mi lado para poderme subir a sus rodillas y contarle todas mis penas.

Mi segundo recuerdo de infancia es apenas una sombra. Solamente es una sombra muy negra, como la mayoría de los dramas infantiles. Una desobediencia fué la causa. Una banda de chiquillos vestidos de indios vinieron a buscarme para ir con ellos. Yo debía tener siete años. En la precipitación de marcharme con ellos sin ser vista de mi madre ni de nadie, anduve sobre una botella rota que no había visto en el suelo. El cristal cortó la sandalia de cuero y penetró profundamente en mi pie. Tres operaciones fueron necesarias para extraérmelo.

Este accidente explica el porqué no he podido nunca bailar con la punta de los pies, y aún todavía ahora siento ciertos dolores cuando hago mucho ejercicio.

Estuve encerrada en la casa durante tres semanas. Erraba melancólicamente de habitación en habitación sin saber qué hacer, hasta que un día entré en la bodega y descubrí tras un tonel vacío una especie de tela en forma de saco. Lo levanté y cayeron una serie de redondeles dorados. Grité de alegría ante aquel juguete inesperado. Mamá me oyó, bajó a la bodega, y me quitó el saco de las manos, llorando después amargamente. Todos mis esfuerzos para consolarla fueron vanos.

Poco después de este incidente me mandaron a Arizona para ver a mi abuela. En el tren tenía mucho calor, y mi hermano, se sacó un retrato de la cartera, y me mostró una fotografía de un hombre.

—Este es tu padre Lucila, me dijo. Se llama Le Sueur y no es Cassin.

Es así como conocí a mi verdadero padre. No le he visto nunca. Me han afirmado repetidas veces que ha fallecido pero no lo he creído, hasta que hace un año creí encontrar su rastro. Lo perdí de nuevo, y esto es una de las causas que me han decidido a escribir mi historia. Quizá tendrá ocasión de leerla... y por lo mismo, de verme.

Cuando volvimos a casa, algo terrible había pasado. Algo que no entendí nunca bien y que nadie me explicó.

Se decía que el saco que descubrí estaba realmente lleno de monedas de oro, y que mi padre, Cassin, estaba en la cárcel.

No estuvo mucho tiempo pues él